

I

LA MENTIRA DE ARISTÓTELES

Al este de la carretera de Acarnania se veía un grupo de esclavos acarreando y arrastrando la basura de Atenas hacia una hondonada oculta entre peñascos, al pie de la colina. El suelo estaba anegado a causa de la lluvia de la noche anterior; algunos de los hombres se encontraban tan cubiertos de barro que no se distinguían ni su piel clara ni las lechuzas marcadas con hierro candente en sus hombros. Cuatro arqueros escitas, guardias mercenarios de la ciudad, los vigilaban.

La densa masa de nubes oscuras seguía avanzando hacia el norte, mostrando sus primeros desgarros sobre los huertos y las cabañas del suburbio norteño. Cuando el último de los veinte carros, cerrados y de un solo eje, llegó a aquel vertedero entre las rocas, el terreno se hallaba ya muy removido y blando. Uno de los escitas levantó una pierna y se miró el pantalón verde adornado con rombos negros y blancos; por debajo de la rodilla, todo era una oscura bota de lodo. Arrugó la nariz, dio un tirón a la orejera de su yelmo y silbó con dos dedos.

Los esclavos empezaron a descargar: excrementos, desperdicios de comida, huesos, restos de animales, a veces envueltos en pieles o pellejos, a veces amontonados en cubos y cestos de mimbre. Bajaban de los carros esos recipientes y los arrastraban hasta el borde de la amplia hondonada. Una vez vaciados, los cestos eran llevados de regreso a los carros, donde esperaban otros hombres provistos de burdas palas, tridentes y escobas hechas con ramas secas. El escita se rascó la barba. Mientras un hombre cuyo torso era una lodosa red de cicatrices y músculos prominentes arrastraba hacia las rocas el cadáver hinchado de un perro, el escita se volvió y se dirigió lentamente hacia los otros tres arqueros. De la aljaba que llevaba al cinto sacó un pellejo, un trozo de pan y dos cebollas. Apoyados en las rocas cercanas a la carretera, donde el hedor no era tan intenso y desde donde se podía observar los campos y el camino, los escitas se dispusieron a devorar su desayuno.

De repente las nubes se abrieron; cegadoras cortinas de sol cayeron sobre la tierra. Algo brillaba al otro lado del camino, algo metálico apoyado en la pared de una inestable cabaña de madera, junto a la cual trabajaban dos campesinos de mugrientas vestiduras.

Más al norte, unos pájaros echaron a volar entre chillidos; luego aparecieron por el camino unos muchachos. Venían de recoger la fruta que la tormenta había arrancado de los árboles. Pero no llevaban cestos.

—¡Macedonios! ¡Vienen los macedonios!

Toda la gente de los alrededores dejó de trabajar y echó a correr hacia la ciudad, abandonando sus carros y utensilios. Los esclavos se quedaron como de piedra, miraron carretera arriba y empezaron a cuchichear.

Sin mostrar ninguna prisa ni nerviosismo, tres de los escitas descolgaron los arcos de sus hombros, sacaron flechas de sus aljabas y apuntaron en dirección a los esclavos. El cuarto, con la misma parsimonia, desenrolló un largo látigo.

—Seguid arrastrando mierda —dijo con voz grave y ronca—. Los macedonios no vienen por vosotros. Vamos. —Blandió el largo látigo y lo hizo restallar en el aire. Los esclavos siguieron trabajando, aunque con movimientos más torpes.

La tropa se acercaba rápidamente. Eran unos cuatrocientos soldados de a pie —la mitad de armadura ligera, la mitad hoplitas—, más unos sesenta jinetes tesalios de armadura y otros tantos jinetes tracios. Todos iban más o menos desarmados. Avanzaban conversando, riendo, comiendo; ni siquiera se habían amarrado las corazas. Solo los dos cabos de filas, que llevaban los estandartes —el gran disco solar dorado de Macedonia, el águila imperial sobre el suelo de oro—, estaban completamente vestidos y armados. Detrás venía el bagaje: carros, tirados por mulas y caballos, cargados de armas, partes de armaduras, tiendas de campaña, altos de lanzas y jabalinas, víveres, herramientas, mujeres y curanderos.

Detrás del primer grupo de jinetes, y como escoltados por ellos, cabalgaban cinco hombres. Tres de ellos llevaban petos adornados y yelmos tocados con penacho rojo; los otros dos, solo el quitón de color claro y la capa de viaje. Al pasar por el vertedero, uno de los oficiales se tapó la nariz.

—Esto debe de ser la Academia —dijo, y soltó una risotada.

El más joven de los que no llevaban peto sonrió.

—No lo creo. Los filósofos no huelen así.

—¿Estás seguro? ¿Cómo huelen los filósofos, según tú? —intervino el mayor. Era el único de toda la tropa que lucía una tupida barba negra.

—En Atenas un filósofo no tiene que tratar con mierda ni perros muertos. Huele mejor... —El más joven sacó un brazo de debajo de la capa y chasqueó los dedos—. Pues sí, huelen a polvo, a papiro, como mucho a polilla. Y a veces, aunque muy rara vez, también a honrado sudor.

El oficial que cabalgaba delante de él se volvió.

—Tanto me da a qué huelan, Peucestas —dijo—. Cuando lleguemos a Atenas no quiero más bromas, ¿está claro?

El joven se llevó la mano al pecho.

—Dioses y generales siempre tendrán mi obediencia, oh, Clitarco.

Las cabañas y casas que rodeaban la ciudad estaban abandonadas y cerradas a cal y canto; por todas partes yacían utensilios, carros y otros objetos. En la explanada que se extendía ante la puerta de Acarnania, de donde partían cinco caminos, los campesinos y los comerciantes habían desarmado precipitadamente un mercado que allí habían montado; las cosas que no habían podido ser recogidas a tiempo habían terminado arrasadas por la multitud que huía a refugiarse a la ciudad. Clitarco mandó hacer alto a la tropa y cabalgó hacia la puerta escoltado por los dos portaestandartes.

Las pesadas alas de la puerta, revestidas de hierro, estaban cerradas. Sobre la muralla centelleaban yelmos y puntas de lanza. Un joven capitán de la guardia de la ciudad, cubierto por una coraza que imitaba los músculos del torso y un ondeante penacho en el yelmo, se inclinó sobre el borde de la muralla.

Clitarco se echó atrás el yelmo, miró hacia arriba y gritó:

—¡En nombre del divino Alejandro, abre las puertas!

El ateniense hizo un gesto negativo con la mano.

—El nombre de un dios muerto no me sirve de llave.

—¿Quieres que me vaya y regrese con diez mil guerreros armados con diez mil llaves afiladas? —dijo Clitarco enseñando los dientes—. No obstante, debo reconocer que vas muy bien engalanado, príncipe de los centinelas áticos.

El ateniense carraspeó y señaló a los soldados macedonios, que permanecían a la expectativa.

—¿Diez mil? Mira cómo tiemblo. ¿Y eso de allí es todo lo que has traído para reducir Atenas a escombros?

El macedonio rio.

—¿Para qué usar las armas, si podemos entendernos con palabras?

—El Consejo decidirá si abrimos o no. ¿Qué queréis?

—Traemos un mensaje de Antípatro y Crátero.

El ateniense sacudió la cabeza.

—¿Desde cuándo envían mensajes los vencedores? Nuestros emisarios salieron hacia Macedonia hace ya mucho tiempo.

—Lo sabemos; hemos topado con Demades y sus hombres. Pero nosotros tenemos una misión especial.

—¿Que es...?

El macedonio suspiró.

—Como mínimo, ¿no podrías bajar para que no me vea obligado a gritar tanto? Ya me duele el cuello.

El ateniense desapareció; un momento después se entreabrió la puerta. Detrás se veían soldados de a pie y una multitud abigarrada. El capitán salió a la explanada; la puerta volvió a cerrarse tras él.

—Ya puedes hablar más despacio. Y baja de tu enorme corcel.

El macedonio desmontó y rodeó el pescuezo de su caballo con el brazo derecho.

—Así está mejor. Bien. Di a tu Consejo lo siguiente. Son palabras de Antípatro y Crátero. Hace veintiséis años, Demóstenes, el calumniador, empujó a Atenas y otras ciudades a la guerra contra nuestro señor Filipo. Filipo venció y respetó a Demóstenes. Hace veinte años Demóstenes, la víbora, volvió a morderos con palabras y os incitó a guerrear, aceptando el oro persa para hacer que helenos lucharan contra helenos. Nuestro rey Filipo venció, hace ya dieciséis años, y respetó a Demóstenes y a la ciudad de Atenas. Hace catorce años Filipo fue asesinado, y Demóstenes tardó tan poco en enterarse de esta muerte, que... En fin. Y enseguida promovió la siguiente guerra, esta vez contra Alejandro. El rey arrasó la ciudad de Tebas, cuyos habitantes habían seguido a Demóstenes; pero respetó Atenas, y también a Demóstenes. Y hace un año, cuando Alejandro fue a reunirse con los otros dioses, Demóstenes, el escorpión, con su veneno, volvió a enfrentar en el campo de batalla

a helenos contra helenos. Antípato puso cerco a vuestra ciudad de Lamia. Antípato y Crátero aniquilaron vuestro ejército en Krannón. Destruimos vuestra flota frente a la isla de Amorgos. Y ahora Antípato y Crátero ordenan esto. —El macedonio enarcó las cejas y tomó aire—. Escucha lo que te digo, ateniense: no piden ni preguntan, sino que ordenan. Antes de que pueda firmarse la paz, la ciudad de Atenas ha de entregar a Demóstenes. Todos los que han sido desterrados de Atenas por él y sus secuaces recuperarán inmediatamente el honor. Esto vale también para el gran Aristóteles. Transmite este mensaje a tu Consejo. Y di también que el embajador de Antípato y Crátero tiene otras propuestas dignas de ser tomadas en cuenta.

El ateniense se mordisqueó el labio inferior.

—Permitirás que cuando transmita tus palabras al Consejo obvie todas tus referencias a víboras, escorpiones y demás alimañas, ¿verdad? ¿Necesitáis algo?

—Pan, vino, agua y carne —respondió el macedonio con una sonrisa de satisfacción—. Tampoco me molestaría que nos lo sirvan unas muchachas hermosas. Y envíanos a alguien que nos indique dónde podemos acampar.

El ateniense levantó una mano y volvió hacia la puerta, que esta vez quedó abierta. Los campesinos y gente del suburbio que se habían refugiado en la ciudad empezaron a abandonarla poco a poco. Salieron carros y mozos de cuerda y la guardia se retiró un tanto, aunque sin dejar completamente libre el acceso a la ciudad. Los comerciantes volvieron a sacar sus mesas y mercancías para montar nuevamente el interrumpido mercadillo de la plaza; varias muchachas de labios pintados y coloridos vestidos fueron a reunirse con los macedonios, seguidas de vendedores de vino, un par de hombres con burros y odres de agua, auxiliares de panadería y campesinos con fruta.

Peucestas y el otro hombre de quitón dejaron que sus caballos pastaran junto a la muralla y se sentaron a la sombra de un pino. El mayor sacó frutos secos de su bolsa; comieron un rato en silencio, observando las cosas y a la gente.

—¿Crees que entregarán a Demóstenes? —dijo Peucestas.

—No tienen más remedio. Además..., con todas las desgracias que ha traído, seguro que más de uno hasta se alegrará de deshacerse de él.

—¿Y tú? Es decir, tú tendrás que llevarlo a Antípatro. ¿Estás seguro de que en el camino no te enredará con sus palabras?

—¡Ah!, en realidad Demóstenes nunca ha sido un buen orador; solo lo era cuando tenía bastante tiempo para prepararse. Si tenía que improvisar, solo tartamudeaba. Pero por si acaso... —El hombre se echó hacia atrás y sacó un bozal de cuero del bolso que llevaba al cinto.

Las estrechas callejuelas de tierra estaban cubiertas de basura y lodosas a causa de la lluvia. Los macedonios tenían que inclinarse a uno y otro lado sobre su montura cada vez que alguien arrojaba desperdicios o vaciaba un bacín desde una ventana. En una pequeña plaza, uno de los caballos destrozó de una pisada una aceitera; en compensación, uno de los oficiales arrojó una moneda a su dueño, un campesino. Los niños, alegres, ruidosos y ajenos a los avatares de la política, se divertían acercándose todo lo que podían a los caballos para luego apartarse en el último momento. Detrás de una esquina un anciano de barba canosa, sentado y cubierto de excrementos y barro hasta la cadera, hablaba ante cuatro o cinco personas.

—Así son estas cosas. Pero Sócrates dice que todo lo sagrado... —Al ver pasar a los macedonios interrumpió su discurso y levantó el puño.

Las sórdidas y destartaladas casas de ladrillos de barro cedieron paso a sólidos edificios de piedra de dos plantas; las callejuelas y el hacinamiento quedaron atrás. Los macedonios llegaron al lugar, al norte del ágora, donde la calle que llevaba desde la puerta Acarniana al sur confluía con la que se dirigía a la puerta de Dipylon, al oeste. La plaza, en la que también desembocaban calles más pequeñas, estaba flanqueada al norte por templos, comercios, edificios de la administración y la lonja del grano. Los jinetes se detuvieron un momento. A su derecha, sobre la colina del ágora, brillaba el colorido frontispicio del templo de Hefestos; a su izquierda, al sudeste, el camino Panateneo conducía a la Acrópolis, pasando por la casa de la moneda y el pabellón del pozo. Frente a ellos se extendía la gran plaza, el ágora, el corazón de Atenas: templos, columnas, estatuas, capiteles rojos, blancos y azules, paredes multicolores y un gran número de personas, la mayoría vestidas de blanco, yendo de un lado a otro o sentadas a las mesas.

—De modo que este es el corazón de la Hélade —dijo el hombre mayor, mirando ávidamente a su alrededor.

Peucestas no podía apartar la mirada de la Acrópolis.

—He visto Babilonia, Persépolis, Ecbatana y Menfis. Pero *esto*...
—Echó la palma de la mano hacia atrás, por encima del hombro, como si arrojara las palabras.

Siguieron cabalgando entre la sede de los arcontes, el Pórtico Real y el Leokoreion, al sur; pasaron frente a los templos de Zeus y Apolo, al duplicado edificio del Consejo, el viejo, y, detrás, en la montaña, el nuevo Bouleuterión, y miraron con indiferencia la hilera de estatuas de los héroes áticos, cuyos pedestales de mármol se levantaban entre los edificios y la plaza.

A una señal del ateniense que los había guiado hasta allí a pie, desmontaron frente al edificio circular del extremo sudoccidental de la plaza; se trataba de la Tholos, donde se reunían para comer los miembros ilustres del Consejo y donde siempre dormían algunos consejeros, encargados de que la ciudad estuviera abierta a posibles negociaciones incluso de noche.

Peucestas se quedó un momento de pie junto a su caballo. Del viejo edificio cuadrado del Tribunal, que, junto con la larga galería llena de recintos comerciales y despachos, cerraba la plaza por el sur, salió un grupo de hombres. Sus rostros se ensombrecieron al ver a los macedonios. Uno dijo a media voz algo sobre bárbaros y caballos que profanaban la plaza; otro se llevó un dedo a los labios. También venía gente del edificio de los estrategas, que se levantaba junto a la calle de Pnyx y ya apenas era utilizado para asambleas populares; probablemente serían representantes de los generales apresados tras la batalla de Krannón. Los macedonios entraron en la Tholos con ellos. Los peldaños de mármol del edificio de piedra caliza pintada en tonos rojos y ocres estaban cubiertos de excrementos de paloma.

Macedonios y atenienses se sentaron en las bancas de piedra de una fría habitación envuelta en penumbra; aparecieron varios esclavos trayendo copas, jarras de vino, agua y aceitunas. Tras un breve intercambio de cortesías, Clitarco repitió ante consejeros y funcionarios el mensaje que antes transmitiera ante las puertas de la ciudad. El silencio de los atenienses estaba cargado de algo casi palpable, pero que Peucestas no llegaba a distinguir del todo; ¿se trataría, tal vez, de un desprecio temeroso, de odio impregnado de una cierta sensación de superioridad?

—Podéis cerrar las puertas y disponer esclavos armados en lo alto de las murallas, pero aun así tenéis las manos vacías. Antípatro y Crátero dicen que antes de hablar de paz, Atenas ha de entregar a Demóstenes, la víbora, y a su ayudante Hipérides. A Demóstenes lo colgaremos del cuello, para que pueda comprobar por sí mismo cuánto le pesa el culo. Sobre Hipérides aún no hay nada decidido. Y se reivindicará el honor de todos los atenienses que fueron obligados a dejar la ciudad a causa de su actitud hacia Alejandro. Esto vale también, y sobre todo, para el gran Aristóteles.

Los consejeros intercambiaron largas miradas. Uno carraspeó.

—No es usual escuchar aquí discursos tan presuntuosos —dijo. Clitarco enseñó los dientes.

—Si queréis —replicó—, vuelvo con diez mil soldados humildes y callados. Pero en ese caso no os quedarán orejas para oír ni cabeza para reflexionar sobre lo oído.

Los atenienses cuchichearon; luego, el presidente del Prytaneion sonrió con diligencia al macedonio.

—Los hombres que habéis dejado a las puertas de la ciudad son nuestros invitados, como es natural. Tendrán todo lo que necesiten. ¿Deseáis algo en particular? ¿Mantas? ¿Pan? ¿Leña?

—La cabeza de Demóstenes —dijo tranquilamente el macedonio.

Peucestas levantó la mano.

—Información sobre él, Hipérides y Aristóteles —agregó.

—¿Hipérides? Nadie sabe dónde está. Y, eh..., ¿Demóstenes dices? Creo que hace unos días fue al Pireo para emprender una breve travesía. Antes de que aparecieran vuestras naves.

Clitarco frunció el entrecejo y se volvió hacia el mayor de los macedonios que no llevaban yelmo.

—¿Sabes lo que tienes que hacer? —preguntó—. Este trabajo te corresponde a ti. Ve al puerto, coge dos barcos con soldados y trae de regreso a Demóstenes.

El hombre se levantó, inclinó la cabeza, puso una mano sobre el hombro de Peucestas y se marchó.

—En cuanto a Aristóteles —dijo el ateniense, cansado—, vive en una casa a las afueras de Calcis, en la isla Eubea. Lo último que supe de él es que yacía en su lecho de muerte.

—Pero si nosotros tenemos tropas en Calcis —dijo Peucestas, casi furioso—. ¿Por qué no habrían de informar de algo así?

—¿Quién va a preocuparse por un filósofo que no le preocupa? —dijo Clitarco encogiéndose de hombros—. Coge un par de jinetes, Peucestas. Salud y buen viaje.

El puente levadizo de madera tendido entre Beocia y Eubea, sobre la parte más estrecha del Euripo, había sido destruido, lo mismo que parte del terraplén. Un grupo de albañiles esclavos, sentados en la ribera a la sombra de un árbol, entre herramientas y montones de piedra, jugaban a los dados y hablaban en voz baja. No lejos de allí roncaba el capataz. Sobre el vello de su pecho, una brillante mariposa roja aparecía bañada en un halo de luz que caía a través del polvo. Los arbustos, las madreselvas y el canto de la cigarra creaban una atmósfera densa y dulzona; ni la más leve brisa movía la aceitosa superficie del agua que resplandecía bajo el sol de la tarde.

En la orilla, al otro lado del puente, habían clavado postes atados a gruesas cuerdas. La gran barcaza plana que iba y venía de tierra firme a la isla se llenó de campesinos y comerciantes que volvían a casa. En el medio había tres carros tirados por bueyes; dos iban vacíos; el tercero, sobrecargado de ánforas y cestos vacíos. A la izquierda del carro quedaba algo de espacio; a la derecha, los campesinos y los comerciantes se amontonaban como mejor podían. Alguien hizo correr un pellejo lleno de agua.

—Buenos días —dijo un campesino—. Yo he vendido todas las aves y huevos. ¿Cómo os ha ido a vosotros?

Un comerciante, apoyado en el carro cargado, tragó saliva y dijo:

—Por suerte yo he podido conservar mis huevos. Pero desde que la guerra ha terminado la gente gasta cada vez más. Eso es bueno... para todos.

Un hombre trataba de que su caballo subiese la rampa. El animal, nervioso, rehusaba una y otra vez; al cabo de varios intentos, el jinete consiguió situarlo junto a los carros. Los hombres lo miraron con curiosidad, deseando en secreto que el animal lo derribara. Sus bromas cesaron cuando detrás de él apareció Peucestas, seguido por otros seis jinetes macedonios. Dirigieron sus caballos hacia la izquierda, al otro lado de los carros.

—Eh, Gorgias, cuánto tiempo sin verte —dijo uno de los campesinos—. ¿Dónde has estado? ¿No habías dicho algo de Aulis?

Gorgias asintió.

—De Aulis y de un poquito más allá —respondió con una sonrisa—. Hay dos o tres grandes comerciantes atenienses.

—Chusma ricachona. Cerdos presuntuosos. —Un comerciante escupió por la borda—. Ahora son un poco menos petulantes, ¿eh?

—Mmm. Necesitan urgentemente todo el grano que puedan cargar. ¡Y cómo tienen que pagarlo! —Esbozó una sonrisa cómplice mientras acariciaba el pescuezo de su caballo.

Los otros rieron. Uno dijo:

—Tanto mejor para nosotros. Lo tienen bien empleado, por su guerra de mierda. ¿Has vendido todo?

Gorgias ató su capote, que había dejado delante de él, sobre la montura.

—Todo lo que desembolsó el gremio, lo que no es raro; y el resto, cuando esos bárbaros macedonios les exigieron su parte.

Un campesino carraspeó y miró a Peucestas y sus hombres, que habían desmontado. El comerciante a caballo no había reparado en ellos.

—Y dos veces y media más caro que hace un año. Además, no tenemos que entregarlo; vendrán a recogerlo ellos mismos. Los carros llegarán dentro de cuatro días. —Señaló el campo con el pulgar, por encima del hombro.

La barcaza estaba llena; el barquero dio una palmada, indicando a los esclavos que se dirigieran a proa. Una gruesa cuerda, que corría por unos rodillos de proa a popa, mantenía el rumbo de la embarcación. Otras dos cuerdas servían para impulsar la barcaza hacia delante. El barquero soltó el cabrestante de popa y los esclavos sujetaron el de proa. Lentamente, la pesada embarcación comenzó a separarse de la orilla.

—Por lo que veo, el puente sigue igual —comentó Gorgias señalando con la barbilla a los esclavos que jugaban a los dados.

—Ah, ya sabes cómo es... —dijo el criador de aves—. Si quieres que un trabajo no termine nunca, déjalo en manos del Estado.

Los hombres miraron a los macedonios conteniendo la risa. Gorgias, de espaldas a los carros, siguió hablando.

—Macedonios de mierda. ¿Para qué destruyeron el puente? Si hubieran perdido, los atenienses habrían llegado enseguida a Calcis, con o sin puente. Es una suerte que nos hayan ocupado. En Calcis algunos se habrían dejado convencer fácilmente por la cháchara de Demóstenes; ahora estaríamos metidos en todo eso. Y esta vez los

macedonios no dejarán que el cerdo siga gruñendo. Con esta ha provocado ya cuatro guerras. Pero la última le costará la cabeza. Ah, sí, un ateniense me ha contado algo. —Contuvo una risita—. Cuando empezó a correr la noticia de la muerte de Alejandro, en el Consejo de Atenas había uno que no quería creerlo. ¿Sabéis por qué? Pues bien, dijo que Alejandro había devorado prácticamente todo el mundo habitado, y que si realmente estuviera muerto, toda la Oikumene apestaría como su cadáver. —Lanzó una carcajada.

Los otros apenas rieron; observaban con preocupación a los macedonios, a los que Gorgias aún no había visto. Peucestas hizo una débil mueca. Algunos campesinos intentaban parar a Gorgias con gestos, pero este seguía sin reparar en los jinetes.

—En cualquier caso —continuó—, supongo que ahora los generales de Alejandro se arrojarán los unos sobre la garganta de los otros. Habrá jaleo. Pero se lo merecen.

Peucestas tosió. Gorgias se volvió hacia él y empalideció de repente.

—Yo... yo... —balbució.

—Tú... ¿qué? —dijo Peucestas—. ¿Podría decirme alguno de ustedes, señores, dónde puedo encontrar a Aristóteles?

La barcaza se acercaba ya a la rampa de atraque, al sur del puerto de Calcis.

—¿Aristóteles? —preguntó uno de los campesinos rascándose la cabeza—. ¿Qué Aristóteles? ¿El vinatero? ¿El castrador? ¿O el que tiene una gran prensa de aceite?

—El filósofo.

—Ah, ¿el viejo al que echaron los atenienses porque es medio macedonio? Perdón, no quería decir eso. Vive allí arriba. —Señaló una pequeña colina costera sobre la cual se levantaba una casita blanca.

Al pie de la colina pastaban algunas ovejas y cabras, vigiladas por un esclavo viejísimo que dormitaba bajo una encina. Junto al pozo captado con piedras se extendía un pequeño huerto, también mal cercado. Dos de los catafractos habían ido a Calcis a averiguar si había alojamiento en la guarnición macedonia; los demás acamparon junto al pozo.

Peucestas subió la colina a pie, llevando solo su capote y la pesada bolsa de paño. Desde cerca, la casa parecía más pobre que hu-

milde. Las paredes estaban desconchadas; junto a la entrada, al lado de un altar de piedra volcado, yacía una cabeza de Dioniso. Una suave brisa hizo vibrar casi imperceptiblemente la cortina de cuerdas y cuentas de barro que cubría la entrada.

Del patio interior llegaba el sordo rumor de unos golpes: una esclava en cuclillas machacaba grano en una cacerola de cobre. La joven levantó fugazmente la cabeza al oír carraspear a Peucestas.

Por la cortina de la puerta de la casa apareció una mujer, que debía de ser más joven que Peucestas: acaso dieciocho años. Iba descalza; su túnica blanca, aunque limpia, no llevaba ningún adorno, lo mismo que sus manos, su cuello y su cabello oscuro. Su rostro, ovalado y ojeroso, denotaba cansancio.

—¿Es esta la casa donde vive el gran Aristóteles? —preguntó Peucestas.

Antes de que la mujer pudiese responder, la voz frágil de un anciano sonaba a través de la cortina de cuerdas.

—Esta es la casa donde muere el viejo Aristóteles. Pregúntale qué es lo que quiere, Pitias.

La mujer miró a Peucestas e inquirió:

—¿Y bien?

El macedonio inclinó ligeramente la cabeza e intentó esbozar una sonrisa.

—Soy Peucestas, suboficial de los jinetes hetairos y, últimamente, secretario de Eumenes. Me hallaba en Babilonia cuando murió Alejandro. Antípatro y Crátero me envían con regalos y preguntas.

Pitias miró en dirección a la entrada de la casa. La voz del anciano dijo:

—Hazlo pasar, hija.

Peucestas siguió a la mujer a una habitación bien iluminada, presidida por una gran ventana acortinada. Un semicírculo de taburetes rodeaba una mesita baja. Detrás de esta Peucestas vio al filósofo más grande de la Hélade tumbado en una litera y cubierto de mantas y pieles. Tenía la cara pálida y el pelo canoso, aunque su barba seguía siendo casi tan negra como sus ojos, todavía penetrantes y llenos de vida. Sobre la mesa había una jarra con agua, una cratera de barro y una escudilla plana con agua, hierbas y pétalos de flores. Un olor austero y fresco inundaba la estancia.

Junto a una de las paredes se levantaba un fogón provisto de parrilla de hierro y tiro cónico. En las otras, varios estantes de madera

y corteza entretejida soportaban el peso de una infinidad de rollos de papiro, algunos guardados en tubos de barro, pero en su mayor parte sueltos.

Peucestas se llevó la mano derecha al corazón, cogió la bolsa que llevaba al hombro, la puso sobre la mesa y desató el cordón. Sacó un pequeño saco de cuero, lo abrió y dejó caer una catarata de monedas de oro; dáricos y estáteres con la efigie de Alejandro. Volvió a meter la mano en la bolsa y sacó varios paquetes envueltos en paño, que fue abriendo lentamente. Contenían anillos con piedras brillantes, broches, perlas del Índico, un pesado collar de oro y, finalmente, una cratera de oro finamente labrada y rematada por una corona de rubíes. Pitias, que se había quedado junto a la puerta de la cocina, suspiró. Aristóteles se había incorporado y estaba apoyado en un codo enjuto.

—Regalos de reyes —dijo el filósofo sonriendo a medias, y volvió a recostarse en la litera.

Pitias dejó escapar un hondo suspiro y desapareció por la puerta de la cocina.

—No de reyes, exactamente, Aristóteles. Estos regalos te los envían Antípatro y Crátero.

—Señores de Macedonia y la Hélade, pero no reyes. Claro. No me enviarían estas carísimas bagatelas si no tuviesen motivo para ello. Solo Alejandro podía ser tan generoso, y ahora está muerto. ¿Qué quieren a cambio?

Peucestas sonrió.

—Sabiduría y consejo —respondió.

Pitias regresó de la cocina. Traía una bandeja de madera con una jarra de vino, una cratera, pan, carne fría y fruta. Dejó la bandeja sobre la mesa con mucho cuidado, sin perder de vista los tesoros. Señaló al macedonio un taburete y volvió a marcharse. Peucestas se sentó y sirvió agua y vino en la cratera.

Aristóteles soltó una risita ronca.

—¿Sabiduría y consejo? Mi sabiduría no puede comprarse, y mis consejos son gratis. ¿Qué quieren saber?

Peucestas lo miró por encima de la cratera.

—Alejandro murió sin dejar un sucesor. Los arreglos alcanzados después de su muerte solo eran temporales. Él personalmente no dejó nada definido. Ahora que ya hemos sofocado todos los conflictos que había en la Hélade, tememos que los antiguos compa-

ñeros y oficiales de Alejandro comiencen a luchar entre sí por su reino y sus riquezas.

—Un temor nada infundado. Basta con conocer solo un poco la naturaleza humana.

Peucestas vació la cratera y volvió a llenarla.

—Estos últimos años he trabajado como secretario de Eumenes y como supervisor de los escribas de los archivos reales, que Eumenes dirige con tanto cuidado. Sabemos que Alejandro hizo escribir todas las cartas por duplicado: una copia para el destinatario y otra para el archivo. Todas las cartas, excepto unas pocas, las que escribía él mismo. Cartas a su madre, un par de misivas a Antípatro, órdenes a Crátero, para que devolviese a casa a los soldados veteranos, y cartas a su honrado maestro Aristóteles.

El viejo filósofo tosió ásperamente.

—Y ahora vosotros queréis saber si en alguna de esas cartas me decía quién deseaba que se hiciese cargo del Imperio.

Peucestas clavó la mirada en los ojos entreabiertos del anciano.

—Tal vez Alejandro haya dicho antes de morir que debía sucederlo el mejor hombre. El más fuerte, el más valiente. O su estúpido medio hermano. O el hijo que iba a darle Roxana. O quizá algún otro, aunque lo ignoramos. Tú sabes cómo son las cosas en Asia. Si no sucede algo importante, habrá largas guerras civiles por la sucesión. Y por la herencia más grande que jamás haya dejado hombre alguno. Los generales y príncipes se arrojarán los unos sobre los otros. El Imperio se hará pedazos.

—¿Y eso sería malo?

—Sería una terrible carnicería, Aristóteles. Por eso los príncipes piden tu consejo. ¿Aparece el nombre del sucesor en alguna de las cartas de Alejandro?

Aristóteles sacudió una mano huesuda.

—Estoy helado —murmuró—. Llama a Pitias. No es justo que un moribundo pase frío.

Peucestas se levantó, se dirigió a la puerta de la cocina y avisó a la mujer, que estaba ocupada con la vajilla y no había oído nada. Pitias se acercó rápidamente, echó una mirada al rostro decaído de su padre, sacó el labio inferior y fue hacia el fogón, junto al cual había un pequeño montón de leña.

—Echa unos papiros —dijo el filósofo, cuya voz sonaba como un trozo de carbón aplastado debajo de un zapato—. ¿Para qué

otra cosa podrían servirme ahora? En fin, ¿así que esa es la pregunta de Crátero?

—Sí, y quizá el mundo dependa de tu respuesta.

Aristóteles se incorporó trabajosamente. Miró hacia el fogón, al que Pitias había echado cuatro rollos de papiro cogidos de un estante. La mujer encendió una astilla en la lámpara de aceite y amontonó leña sobre los papiros cuando estos empezaron a arder.

—El mundo saldrá adelante. Su suerte depende de la voluntad de los dioses y de las acciones virtuosas de los hombres. No de preguntas y respuestas.

Peucestas se inclinó hacia delante y dijo, insistiendo:

—Cualquiera de los famosos compañeros del rey puede decir hoy mismo que Alejandro te eligió a ti, o a mí, o a cualquier otro, pero nadie le creería. Una carta escrita de puño y letra de Alejandro, dirigida a ti y certificada por ti, sería una prueba de la que nadie podría dudar. Una prueba que evitaría la guerra y consolidaría el Imperio.

Aristóteles sonrió a Pitias, que volvió a la cocina.

—¿Nada más? ¿Solo tengo que salvar a la Oikumene, al mundo habitable, cuya mayor parte habéis conquistado con la espada? También se desmembrará bajo la fuerza de la espada. ¿Cómo podría evitarlo la palabra de un anciano muerto? Se perdería en el viento, igual que la palabra de los reyes vivos. El que quiera dudar, porque la duda le abre el camino a una porción del poder en tanto que la certeza le entrega todo el poder a otro, dudará también de una carta. —Aristóteles señaló la cratera vacía.

Peucestas dejó su copa, se arrodilló junto al lecho revestido de cuero, llenó la cratera con agua y vino y ayudó a beber al anciano.

—Tantas preguntas... —La voz de Peucestas sonaba amarga; no quiso mendigar lo que el anciano sabía—. He estado en Pella y he hablado con mucha gente. Quiero escribir la vida del rey. Yo mismo he sido testigo de una parte; otras se encuentran en papiros y en las palabras de muchas personas que estuvieron con él. Pero algunas cosas... ¿Quién era Alejandro, realmente? ¿Qué cosas le enseñaste? ¿Dónde empezó su largo camino? ¿Cuál era su meta, si es que en verdad la tenía?

Aristóteles sonrió.

—El camino es la meta. Si sabes plantear correctamente una pregunta, entonces también sabrás encontrar tú mismo la respuesta.

Peucestas seguía arrodillado junto al lecho.

—¡Entonces ayúdame a plantear correctamente las preguntas, Aristóteles!

—¿Por qué habría de hacerlo? ¿Por estas piedrecitas de colores y estos estúpidos trozos de metal?

—Hay tantas cosas que ya no podré saber, Aristóteles... —murmuró Peucestas, vacilante—. Esperaba oírlas de ti. Tu sobrino Calístenes te escribía, hasta que... murió. No puedo preguntarle a él. Parmenión, el gran Parmenión, hace mucho que ha muerto; él sabía muchas cosas. Y mi padre, que estuvo mucho tiempo con Alejandro, también murió antes de que yo supiera qué debía preguntar.

Aristóteles entrecerró los ojos para ver mejor.

—Tu padre, ¿eh? ¿Dices que has servido como suboficial de los jinetes hetairios? Eres joven... Entonces debes de haber sido uno de los mozos del rey, lo cual significa que tu padre fue un noble. O un amigo íntimo del rey. O quizá de su padre, Filippo. Mmm. Tu cara..., hay algo en ella...

Peucestas cogió un pétalo de la escudilla que había sobre la mesa y se puso a mordisquearlo. Aristóteles se echó a reír, hasta que le sobrevino un fuerte ataque de tos.

—Dracón el sanador —dijo el anciano respirando con dificultad. Estiró una mano y la posó un momento sobre la cabeza de Peucestas. El joven macedonio esperó en silencio—. Bien. —Aristóteles volvió a meter la mano bajo las mantas—. ¿Quién era Alejandro? No hay mucho que decir al respecto. Alejandro siempre quería saber qué hay al otro lado de la colina. Ese poderoso afán de llegar hasta el borde del mundo, y más allá. Pero —intentó incorporarse— el mundo solo tiene un borde, solo tiene un final, y esa oscura frontera es la muerte. Sin embargo, vida y muerte no son más que las dos caras de esa única moneda que nadie puede acuñar, emitir o gastar.

De la cocina llegaba el ruido que hacía Pitias con la vajilla.

—Pero eso no puede ser todo —dijo Peucestas en voz baja—. Yo mismo he sido testigo de más que eso. Te lo diré, si lo deseas; te contaré lo que he visto.

Aristóteles se encogió de hombros.

—Tengo los pies congelados —dijo como si hablara de un objeto sin importancia—. Los riñones, ya sabes, y el corazón. Me muero de abajo hacia arriba. Me espera la larga noche, en la que ya

nadie puede trabajar o hablar. Me he pasado la vida escuchando y haciendo preguntas, reuniendo trocitos de sabiduría, solo para comprender ahora que da lo mismo morir siendo necio que siendo sabio. Pero... a pesar de ello podemos hablar. Mejor morir hablando que haciendo otra cosa. O mudo. ¿Qué quieres saber?

—Todo. Sobre Alejandro, Filipo, Olimpia..., sobre ti, Aristóteles. ¿Te escribió Alejandro acerca de quién debía asumir el poder? ¿Sabes si es cierto que alguien de la Hélade envió veneno? ¿Y entonces tú...?

Aristóteles soltó una risita.

—Despacio, Peucestas, despacio. Al final siempre se cosecha lo que se ha sembrado al principio.

—¿Dónde empezó Alejandro, entonces?

—En su nacimiento, como todos nosotros. ¡Ah! Egipto es un buen punto de partida para cualquier cuento. Las estrellas, el hígado de animales sacrificados, los augurios de sacerdotes borrachos. Los maestros... —Volvió a toser—. Es mucho, demasiado para esta voz que está a punto de romperse.

—¿Por qué Filipo te eligió precisamente a ti para educar a Alejandro? ¿Porque eres el filósofo más grande de la Oikumene?

—No existe tal cosa, muchacho. Además, entonces yo no era más que uno entre mil. Pero Filipo y yo nos conocíamos bien; mi padre era médico de su padre. De niños, Filipo y yo jugábamos juntos. Y yo soy del norte, de Estagira. Nunca me quitó el sueño discernir si los macedonios eran helenos barbarizados o bárbaros helenizados; tal vez uno de los grandes filósofos de Atenas no hubiera aceptado ir a Pella. —Hizo una pequeña mueca y añadió en voz baja—: Y también había un motivo político... Pero hemos avanzado demasiado en tu historia, hijo de Dracón.

—Una vez más: ¿dónde empezó Alejandro, Aristóteles? —Peucestas seguía arrodillado junto al lecho.

Aristóteles carraspeó; su mano se deslizó sobre las mantas trazando extrañas eses.

—Una profecía. Las profecías predicen acontecimientos, que luego suceden porque todo el mundo se esfuerza en hacer que se cumpla la profecía. Pero... —Se incorporó lentamente, con un gran esfuerzo. Se quitó del cuello enjuto una fina cadena de la que colgaba algo apenas un poco más grande que una moneda: un *ankh* egipcio de oro, con un demoníaco ojo de Horus de piedras oscuras

en el lazo—. Mira, muchacho. —De pronto su voz ya no era la de un moribundo, sino la de un señor que sabe mandar y sabe que será obedecido—. Quiero que veas imágenes, que valen más que las palabras; imágenes de cosas poco adecuadas a las palabras. Son también más rápidas que las palabras, y mi vida se consume. Observa este ojo.

Peucestas abrió la boca, volvió a cerrarla y sacudió lentamente la cabeza, como conmovido por una extraña visión. Se apoyó en la litera y clavó la mirada en el ojo de Horus.

Aristóteles estiró el brazo.

—Jamás le he dado mucha importancia, pero en una vida larga se aprenden muchas tonterías útiles. —Moviéndose imperceptiblemente la muñeca e hizo oscilar el amuleto en un movimiento pendular, suave, constante. Peucestas seguía el movimiento con los ojos; la cara se le adormecía. Detrás del amuleto, a unos seis o siete pasos, un leño chisporroteó en la parrilla; una bola de fuego subió hacia el tiro del fogón. Fuego y humo se convirtieron en velos, en niebla. Después empezaron a formar imágenes sobre la pared ennegrecida por el hollín.

La bola de fuego que se hunde a lo lejos, en el este, enciende las puntas de pirámides ya apenas visibles. En el desierto el atardecer es breve; la arena resplandece solo unos instantes. Procedente del este se acerca un carro de un solo eje llevado por dos hombres. No lejos de allí ríe una hiena, y su risa es interrumpida por el rugido, más lejano, de un león. Una pequeña serpiente sale deslizándose de debajo de un montón de piedras para desaparecer entre líquenes. El montón de piedras es la punta de una pirámide, de un templo enterrado casi por completo. Cuando los dos hombres llegan allí con su carro, ya pueden verse las primeras estrellas. En el silencio crepitante de la noche, las suaves voces de los hombres solo se oyen cuando bajan del carro y se dirigen a la pirámide. Se trata de un egipcio y de un heleno. El egipcio, que va vestido como un sacerdote, dice con voz áspera:

—El Venerabilísimo ha venido desde muy lejos, desde el santuario de Siwah. No le gustará encontrar a un comerciante en vez de a un sacerdote, aunque estés iniciado en los misterios. Habla lo menos posible.

El heleno hace un ademán, como quien estira una túnica recogida. Caminan hacia el otro lado de la pirámide y empiezan a bajar por unos peldaños semiderruidos. La primera cámara está iluminada por antorchas colgadas entre columnas desconchadas y estatuas de dioses arruinadas por el tiempo. Las sombras parecen bailar; una rata se esconde entre los pies de una estatua con cabeza de Horus.

La segunda cámara está mejor iluminada; hay más antorchas y también lámparas, y un gran fuego. También aquí hay columnas inseguras y dioses vacilantes: Isis, Tot, Hathor, un buey Apis cuya cabeza yace entre sus patas delanteras, un carnero Ammón también decapitado (en este caso la cabeza se encuentra a los pies de la estatua de un príncipe). Las paredes están cubiertas de jeroglíficos y representaciones del *Libro de los muertos*. Al otro lado de la hoguera se eleva la estatua de un anciano sentado bajo una gran tabla de los signos zodiacales.

La estatua se mueve; el anciano levanta la cabeza y dirige la mirada hacia los recién llegados. Es viejísimo. Un bonete de sacerdote le cubre solo parte de la cabeza calva; la larga barba se confunde con su túnica. Sus ojos hundidos despiden un fuego oscuro.

El viejo abre la boca casi sin dientes; su voz es profunda. Habla en egipcio, rápidamente, en tono duro; evidentemente, está furioso. El otro sacerdote hace varias reverencias y contesta con humildad; finalmente se dirige al heleno:

—Lo que te había dicho —susurra. Luego añade en voz más alta—: El Venerabilísimo ha venido desde Siwah para traer la noticia más importante desde hace siglos. ¿Qué sabes del Gran Año?

El heleno se encoge de hombros.

—Tanto y tan poco como todos —responde—. Las estrellas pequeñas se mueven; las grandes, las que forman nuestros signos zodiacales, parecen quietas, pero también se mueven. Cada veinticinco mil años, o algo más, vuelven a su posición inicial. Entonces empieza una Nueva Era, un nuevo Gran Año. ¿Es así?

El anciano parpadea; se levanta lentamente. Empieza a hablar con voz oscura y chirriante. Mientras habla, va señalando cada constelación en la tabla de los signos zodiacales.

—Nuestro año pequeño termina con el final del invierno, bajo el signo de Piscis. El año nuevo comienza con Aries, en la época de las siembras y las partidas, cuando vuelan las garzas y navegan los barcos. Después vienen Tauro y los otros signos. En el Gran

Año el ciclo es inverso. Las últimas lunas del Gran Año corresponden a Tauro y, después, a Aries; la Nueva Era comienza bajo el signo de Piscis. —El anciano hace una pausa, pero no parece cansado. El joven egipcio mira de soslayo al heleno—. ¿Lo has entendido?

El heleno sonríe.

—Es cierto que no soy más que un comerciante y un hombre de mar, pero algo entiendo de estrellas, pues de lo contrario nunca llegaría a mi destino. Sí, lo he entendido. No es tan complicado. Lo que no sé es por qué eso es tan infinitamente importante.

El anciano deja escapar un sonido áspero desde lo más profundo de su garganta.

—Lo sabrás, heleno. Cada luna del Gran Año está regida por el dios bajo cuyo signo se encuentra. —La mano del viejo ha vuelto a la carta zodiacal—. Cada una de estas lunas dura unos dos mil doscientos años de los nuestros. Cuando terminó la luna de la Fertilidad y se hundió la moderada Atlántida, empezó la luna de Leo, señor del fuego y de la guerra. La Esfinge nos recuerda a Leo y a su unidad con los grandes príncipes. Fue construida al final de la Gran Luna de Leo. Después vinieron las lunas del Cangrejo y de los Gemelos Divinos, y luego la de Tauro. —El anciano señaló en dirección al buey Apis decapitado—. Ahora estamos viviendo el final de la Gran Luna de Aries, regida por Ammón, cuyo hijo y encarnación es el faraón. Dentro de unos doscientos cincuenta años terminará esta era y empezará un nuevo Gran Año. No sabemos quién será el señor de Piscis. Pero sí sabemos que el de Aries debe gobernar hasta entonces; de lo contrario, la balanza eterna de Maat se bamboleará.

El joven sacerdote se lleva ambas manos a la frente.

—El ordenamiento del cielo y de la tierra —murmura—. Ese es el motivo por el que dejaste la venerable Siwah y ahora estás aquí.

El heleno mira a uno y a otro. Íntimamente parece sorprendido, vacilante, quizá divertido.

Ahora el anciano solo habla para el heleno:

—Desde que ese al que llamáis Cambises, rey de los reyes de Persia, conquistó la tierra sagrada de Ammón, el dios no ha vuelto a poseer una encarnación digna de él. Los sacerdotes lo sabían, pero, para no confundir al pueblo, saludaron a los reyes que vinieron después de los persas como a hijos de Ammón. El dios nunca

había dejado de estar presente por completo. Pero ahora nos ha abandonado.

El heleno parpadea.

—¿Ammón, que es Zeus? ¿Ha abandonado Egipto? ¿También Siwah?

—Hemos sondeado su voluntad, hemos buscado en su *ka*. Pero Ammón ya no tiene una encarnación en el reino. Su voluntad se ha vuelto hacia el norte, hacia la Hélade. Allí nacerá su nueva encarnación, su próximo hijo, un soberano. Nacerá bajo el signo del fuego y la guerra, bajo el signo de Leo. —El anciano estira los brazos y pronuncia las últimas frases casi cantando—: Vendrá a equilibrar la balanza, a expulsar a los persas, a satisfacer a Ammón. —Se interrumpe, mira al heleno—. Todo ha de estar preparado. Ve, hermano; muéstrale su camino. —Dice unas pocas palabras más, en egipcio, al otro sacerdote; luego vuelve a convertirse en una estatua sedente.

El joven egipcio toca en un codo al heleno.

—Vámonos.

Salen a la noche. El cielo es un brillante mar de estrellas. El egipcio señala la constelación de Aries.

—Ammón y Zeus. —Rebusca bajo su capote y saca un amuleto: el ojo de Horus en el lazo del *ankh*. El heleno estira la mano abierta y lo coge.

—Ve a Dodona y a Samotracia. Tienen que saberlo, si es que aún no lo han averiguado por sí mismos. Di lo que has oído y enseña el ojo.

—Pero... ¿reconocerán a la encarnación del dios? ¿Y me creerán?

—Creerán, porque saben. Recordarán, porque ya saben. ¡Mira!

Un cometa surca el cielo repleto de estrellas, atravesando la constelación de Aries.

El egipcio levanta las manos.

—¡La señal! ¡Hacia el norte!

El cometa se convierte en un largo relámpago que desgarrar la oscuridad. Lo sigue un terrible trueno, que se revuelve sobre sí mismo una y otra vez, como si no quisiera acabar nunca. Luego, más relámpagos, que se alejan lentamente; el trueno se hace más suave. Bajo el cielo turbio del atardecer, cuatro mujeres están arrodilladas ante un altar blanco, cubierto de excrementos de paloma.

Detrás y a los lados se levantan encinas nudosas. En las ramas hay palomas; algunas aletean, otras se están posando.

Una de las mujeres es negra; lleva un vestido de sacerdotisa egipcia y una preciosa diadema. La segunda mujer es de rasgos orientales y la cubre un ceñido vestido de seda amarilla y casi transparente; sus ojos son dos ranuras; sus pómulos, altos. La tercera mujer es blanca y rubia; tiene los ojos azules y viste un traje de cazadora, hecho de cuero. La cuarta mujer, la más joven, está desnuda excepto por un breve taparrabos; su cabello es castaño rojizo. Es voluptuosa; su rostro irradia sensualidad, pero también una fuerza de voluntad demoníaca.

El trueno apagado parece muy lejos. El viento cobra fuerza, susurra entre las encinas, arranca una tira de papiro enrollada en una rama delgada. Las tres mujeres parecen estar escuchando. La más joven mira ora el altar, ora a las mujeres. La negra egipcia mueve el torso rítmicamente, de adelante hacia atrás. Murmura algo que, poco a poco, se va convirtiendo en un canto monótono y cada vez más intenso:

—Ammón... Ammón... Ammón...

Repite el nombre una y otra vez, con voz alternativamente grave y aguda, rápida y lentamente, hasta que el nombre del dios acaba por resonar en todo el lugar que rodea el altar.

La mujer del vestido de seda amarilla coge una rama de encina y con ella dibuja en el suelo un círculo, lo parte por la mitad con una línea ondulada, añade un grueso punto en forma de ojo en ambas mitades y sombrea una de ellas.

La rubia echa bruscamente la cabeza hacia delante; el cabello le cubre la cara.

La negra termina la invocación al dios y mira a la mujer más joven.

—Los dioses han llamado muy pronto a tu padre, el rey, Olimpia.

La blanca habla a través de su cortina de pelo:

—Era un buen hombre, pero rompió demasiado pronto el cordón umbilical que une a los hombres con el cielo. Tu tío es un iniciado.

—Es señor y sacerdote —dice la mujer de rasgos orientales—. Él te ha traído a nosotras. Su deseo es que se cumpla la voluntad de los dioses.

—Olimpia —interviene la egipcia—, dejarás el bosque sagrado de Dodona. Viajarás al templo de Zeus, que también es Ammón y BelMarduk, el templo de la isla de Samotracia. Allí serás iniciada en los misterios, y durante un tiempo serás hetaira en el templo.

El viento arrecia, aparta el pelo del rostro de la blanca mientras esta dice:

—Olimpia, un gran guerrero y soberano moreno llegará a Samotracia. Allí se limpiará de la sangre que ha derramado. Tú lo verás, él te verá. Parirás un hijo de él, que será el nuevo recipiente elegido por Ammón para encarnarse. Y ese hijo cambiará el mundo.

El viento se ha convertido casi en una tempestad, y se lleva parte de lo que dice la mujer de rasgos orientales. Tiene la cabeza inclinada; habla mirando el círculo que ha dibujado en el suelo.

—Tu hijo, Olimpia, encarnación del dios, hijo elegido de Ammón, que también es Zeus, y BelMarduk, y... lo será todo, dios y humano, padre e hijo, hombre y mujer, amigo y enemigo... Destruirá y dará vida a mundos enteros. Dudará y creará; dudará de lo que cree y creará en lo que duda... Los incrédulos creerán en él. Morirá joven y vivirá para siempre. Tendrá todos los dones, como ningún otro mortal, y lo regalará todo. Poseerá todos los poderes, buenos y malos; será humilde y soberbio, y...

Un globo de fuego estalla bañando de colores a las mujeres y el altar, y borrando el dibujo circular trazado en el suelo. Truenos, lluvia y el susurrante rumor de las encinas apagan todo otro sonido. Las mujeres se ponen de pie; agudas carcajadas cortan el estruendo. Las tres sacerdotisas se cogen de la mano. La tormenta se calma un instante; la mujer blanca dice:

—Nosotras tres volveremos a vernos.

Sus rostros envejecen de repente. Las tres mujeres se sueltan las manos y se convierten en niebla que la tormenta no tarda en disipar.

Olimpia se vuelve hacia el altar. Está calada hasta los huesos, tiritita. Levanta los brazos hacia el cielo oscuro; en su rostro, el miedo y el horror se mezclan con el placer y el triunfo.

Los colores del fondo pasan del gris a un anaranjado turbio. Olimpia, todavía en la misma posición, se encuentra en el interior de un templo iluminado. Los colores y luces vacilan. Un gran fuego y la temblorosa luz de unas antorchas hacen bailar las siluetas y las sombras. Olimpia lleva puesta una túnica blanca y una brillante faja

roja. A su lado, un sacerdote egipcio, de túnica negra adornada con intrincados dibujos y símbolos dorados, balancea lentamente el torso hacia delante y hacia atrás, con los brazos cruzados sobre el pecho. Su voz, profunda, llena el enorme templo:

—Ammón. AMMÓN. AMMÓN. Aaaammón... —canta el nombre una y otra vez, con ligeras variaciones. La invocación termina con un grito estremecedor, casi extático de *Om*.

Frente a ellos, sobre un altar blanco, yace un carnero. Tiene la garganta y el vientre abiertos, y la sangre que chorrea de ellos cae sobre las losas grises del suelo. El nido de serpientes de sus entrañas despiden un vaho que se expande por la estancia.

Detrás del altar, casi inabarcable por su monstruosa grandeza, Zeus-Ammón está sentado en un trono de oro y madera negra. El trono descansa sobre un amplio pedestal cuadrado y blanco, adornado con símbolos negros y rojos: letras helenas, jeroglíficos egipcios y angulosos caracteres cuneiformes. La estatua del dios —de oro y marfil— se yergue en la penumbra de una bóveda sostenida por colosales columnas. En uno de los dorados cuernos de carnero del dios se refleja el resplandor del fuego. Vapores de incienso surcan el templo. Con el último y estremecedor grito, una sonrisa traviesa parece jugar en los labios del dios; su barba es negra y sus orejas, enormes.

El egipcio deja caer los brazos y se dirige a un lado.

—Ven, Aristandro —dice con voz ronca.

Un sacerdote heleno, que yacía tumbado en el suelo delante de la figura del dios, se levanta. Se encamina hacia el altar, roza uno de los cuernos del carnero sacrificado, revuelve las entrañas y examina el hígado. El egipcio y Olimpia se acercan a él.

—Está bien —dice Aristandro.

El egipcio asiente y mira a Olimpia.

—¿Estás preparada para llevar esta carga?

—¿Tengo elección? —Su voz suena triste y solitaria.

El egipcio calla; Aristandro deja escapar un suave suspiro.

—¿Cómo podríamos saberlo? Los dioses lo han dispuesto así. Quizá también hayan previsto si obedeceremos o no. En cualquier caso, yo estaré a tu lado, si eso te sirve de consuelo.

El egipcio se abre la túnica cerrada hasta el cuello. Se quita la fina cadena de oro por la cabeza, se arrodilla frente a Aristandro y levanta las manos.

El heleno coge el amuleto: un *ankh* de oro con el ojo de Horus en el lazo. Se lo lleva a los labios, luego lo sumerge en la sangre del animal sacrificado y se lo entrega a Olimpia. Ella se lo cuelga del cuello y lo oculta bajo la túnica blanca, que ahora se tiñe de rojo a la altura de sus pechos.

Peucestas se estremeció, como alguien que despierta de pronto en mitad de un mal sueño. Le dolían un poco las rodillas. Aristóteles se dejó caer sobre las mantas y cojines; la mano que sostenía el amuleto desapareció bajo una piel.

—Esto es inútil —dijo el filósofo con voz ronca y cansada—. Es como Platón.

Peucestas se frotó los ojos y pestañeó.

—¿Cuánto ha durado?

Aristóteles soltó un suave gruñido.

—Quizá lo que tardas en respirar diez veces. Pero no sirve para nada.

Peucestas se levantó.

—De esta manera podrías reproducir una vida entera en solo una hora. —Su voz denotaba asombro, pero también espanto por sentir que algún poder desconocido había jugado con él.

Aristóteles torció el gesto; un cierto menosprecio acompañaba su voz.

—Como ya te he dicho, una vida larga enseña muchas tonterías. Pero ya no tengo la fuerza necesaria para hacer esto durante toda una hora. Y...

—¿Qué significa eso de que es como Platón y no sirve para nada?

El anciano arrugó la frente.

—El saber adquirido es un bien que posees; el saber inducido es un bien que sueñas poseer. Una moneda con la que no puedes pagar. Solo tiene una cara.

—¿Existe eso...? ¿Monedas con una sola cara?

Aristóteles lo observó; sus ojos parecían despedir lenguas de fuego.

—Las palabras que no son examinadas y cuestionadas con frecuencia desde todos los ángulos terminan perdiendo sus muchos significados para quien las emplea. Solo le muestran el lado que él quiere ver, hasta que finalmente él mismo cree que nunca han tenido otros lados. Así es como Platón se encerró a sí mismo en un

laberinto de palabras que, como las piedras, parecen carecer de forma, color y sentido. Solo enseñan sus grabados a quienes entran en el laberinto; pero esos grabados no estaban en las cosas, sino que provienen de Platón. Son inútiles, no alimentan el conocimiento, y resulta muy difícil volver a salir del laberinto. Muchos no vuelven a ver el sol ni a sentir una brisa fresca. No, no sirve de nada. Es como una comida que otro come por ti.

Peucestas guardó silencio; se quedó mirando al anciano.

Aristóteles cerró los ojos. En voz muy baja, casi murmurando, dijo:

—Sócrates, armado de una escoba colosal, limpió de escombros y ruinas la plaza en la que todos estamos y devenimos. Para que la brillante luz del mediodía lo iluminara todo, sin producir sombra alguna, sin resquicios en los que esconderse de la razón. Formulaba preguntas de mediodía, brillantemente claras y punzantes. Sus palabras eran piedras con un millar de lados y él consideraba cada uno de esos lados, hacía girar sus piedras para que todos pudieran ver todo. Luego arrojó las piedras al aire, y estas se han convertido en parte de la luz despiadada del mediodía.

—¿Y Platón? —preguntó Peucestas, casi en un susurro.

—¿Platón? Platón volvió a poner en su lugar muchos de los viejos escombros. Y hablando creó piedras nuevas, ladrillos con seis caras en lugar de mil. Hizo desaparecer cinco de esas caras y solo una retuvo su sentido. Con esas piedras construyó su laberinto, en el que hay ángulos y sombras donde esconderse. Allí el aire se estanca y la luz del mediodía palidece.

—¿Y qué ha hecho Aristóteles con sus piedras?

—Ah, hubo una vez un hombre que se llamaba así. De él solo queda una cáscara vacía. Cuando aún podía hablar y levantar piedras, las hacía girar y las observaba desde todos los ángulos. Las ordenó según su tamaño, naturaleza y propiedades, y las amontonó en un lugar donde no podían molestar a nadie. Después de todo, no sabía si el ser humano puede vivir en una plaza ardiente, soportar la violencia del sol de mediodía y ver la luz. Si Aristóteles hubiese sido más listo y hubiese vivido más años, tal vez habría arrojado al cielo las piedras apiladas, como hizo Sócrates. O quizá, finalmente, hubiera decidido que el hombre puede soportar vivir en un edificio abierto, apenas sin sombras. Un edificio construido con piedras móviles, con un sentido claro en cada uno de sus lados. —Se apoyó en un codo—. Pero no era lo bastante inteligente, o murió muy

pronto. A lo mejor tampoco estaba lo bastante desesperado para levantar ese edificio que lo protegiera de la luz. Por eso, hijo de Dracón, no quiero darte imágenes terminadas, aunque tuviera las fuerzas para hacerlo. Hablemos. Hablemos y hagamos girar nuestras piedras. Si piensas que con esas piedras debes construir un edificio, un templo en el que dar cobijo a tus recuerdos de Alejandro, y que puedes olvidar el resto del mundo, entonces debes hacerlo por ti mismo, solo, cuando yo ya no esté aquí. Son piedras que yo mismo he visto y empleado, o que he oído de otros. Cuando todo ya está hecho, solo quedan palabras. Y las palabras no significan nada si no las sopesas.

—¿Cómo puedo sopesarlas si no conozco su significado? ¿Cómo puedo evitar romper el cascarón, si una piedra en forma de huevo podría ser también un huevo?

Aristóteles calló un momento; luego sonrió casi con picardía.

—Me temo que en ese caso debo apartarme un tanto de mis axiomas. Veo que no solo tienes que saber cuál es una piedra y cuál un huevo, sino también cuál huevo es bueno y cuál está podrido. Tal vez lo que digo sea cierto, pero solo para mí, y no para ti ni para los demás. Tal vez yo prefiera los huevos podridos de perdiz, que en este caso declararían buenos, mientras que a ti te harían vomitar, porque prefieres los huevos frescos de gallina. ¿Crees que podrás manejar todo eso?

Peucestas asintió en silencio.

—También tendremos que hablar de hombres de los que se sabe poco —continuó Aristóteles—. Para explicar algunas cosas tendremos que suponer cómo fueron determinados hechos. Tal vez... tal vez sea un material más apropiado para una sátira, una comedia, una epopeya o una tragedia antes que para una historia fiel a la realidad. Quizá en lugar de ceñirte a la verdad a secas deberías repartir la historia entre personajes reales y ficticios, y dejar que hablasen y actuaran por sí solos. Sería una forma artística de mentir. Aunque en este caso quizá una mentira trabajada de manera ordenada sea la única forma posible de verdad.